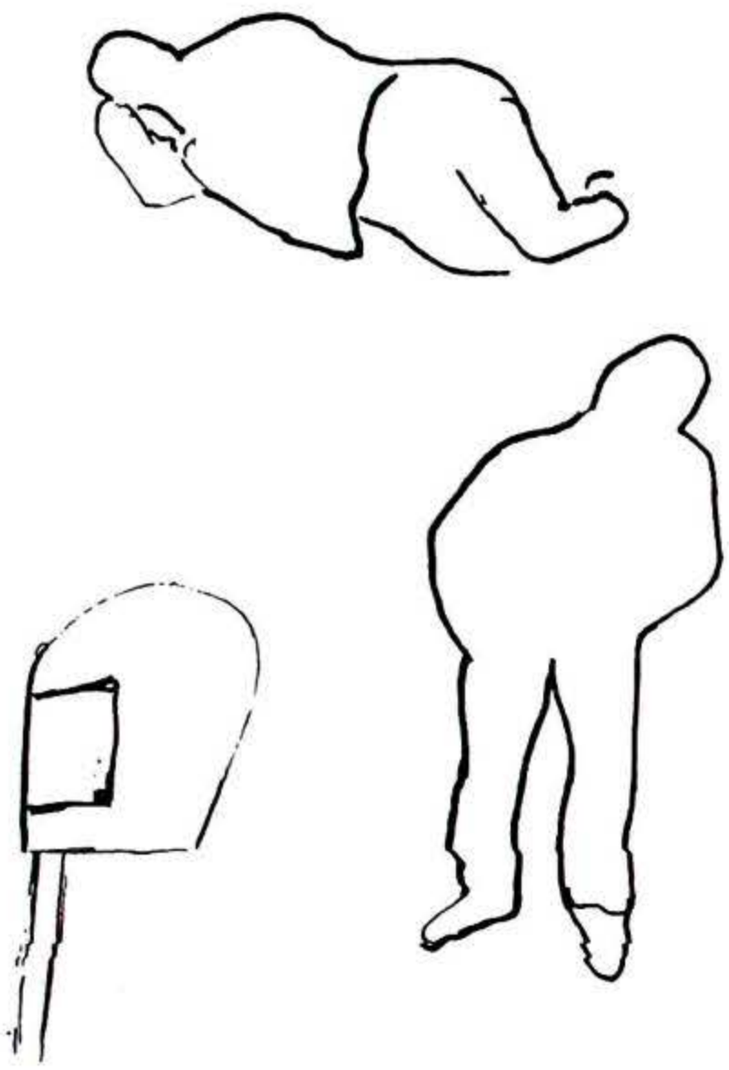
En Rebetez el lector navega en aguas a veces desconocidas, pero a medida que avanza y va más adentro, ya no quiere salir, va sintiendo propio ese territorio de ficción y personajes adelantados.

Sin ser ideologizantes ni ostentar mediocres moralismos, algunos de estos relatos comportan una dura crítica al conformismo cada vez más reinante en sociedades adormecidas por la omnipotencia de las tecnologías y la ciencia. Allí radica una de las claves de la buena literatura de ciencia-ficción.



En *El monje y la galaxia* (pág. 125), el hermano Doménico, sabio elegido entre los elegidos para salvaguardar las doctrinas del Santo Señor de los Cielos y la Tierra, se vio puyado por la duda, que no le era permitida. Ante el Santus Celeberum, gran oráculo que todo lo sabía, indagó por quién entregó a Moisés las Tablas de la Ley, descomponiendo el sagrado y perfecto mecanismo electrónico. Cumplió por ello un largo y resignado castigo. Perdonado y vuelto ante el Celeberum, volvió a indagar, picado por una creciente rebeldía, "dónde demonios se encuentra ahora el Santo Grial", con lo cual fue definitivamente condenado a volver al estado mortal, desprovisto de santidad y sabiduría. Se vio un niño monaguillo y feliz regresando a la iglesia de su antiguo pueblo.

La nueva prehistoria (pág. 145) es una dolorosísima ironía, en la cual el autor establece dura crítica a la sociedad moderna. La en principio inocente fila de gente para entrar a un cine se convierte, en el transcurso de la historia, en una sinsalida del hombre actual, acorralado en la estupidez del "hombre-montón" de las ciudades: autobuses, filas para todo, atolondramiento. El personaje, observador a salvo de esa mezquina condición gracias a su asco y su pericia para moverse sin caer en la trampa (allí está la ficción), ve cómo esa ameba gigantesca que es la masa logra incluso avances como el trabajo, refugiarse en edificios y casas y "a veces entonan extrañas canciones guturales con sus coros de mil voces". Llega a pensar que un día construirán automóviles y aviones y hasta jugarán al golf. En ese clima anterior a la "civilización" el autor ve la prehistoria: el adocenamiento, la imbecilidad y la violencia. La conclusión es terrible, por patética: la historia es esta que vivimos y es producto de aquella otra: el sinsentido.

Que sean narraciones verdaderamente fantásticas y que aparezcan con la naturalidad que les dona la verosimilitud y la territorialidad de lo propio, se debe a un conocimiento indudable de estos mundos artificiales pero vivos de nuestra modernidad.

Bien lo dice John W. Campbell en la introducción de su *The Best of Science Fiction* (comentado por Moskowitz): "Los mejores escritores modernos de ciencia-ficción han desarrollado algunas técnicas, verdaderamente notables, para presentar una gran cantidad de material de fondo auxiliar sin inmiscuirse en el curso de la historia de ese tipo".

Sin un humor a toda prueba no puede escribirse buena ciencia-ficción, es casi una obvia conclusión. Humor lacerante que no concede nada a la enorme admiración que produce toda la actual (y futura) catapulta de tecnologías que abruman al "hijo del vecino" y con la cual, qué duda cabe, hace rato se gobierna al mundo.

De cómo un pirata y su loro con falacias y argucias, me hicieron naufragar en esta isla (pág. 153) es no sólo el más extenso de estos relatos, sino también el de más pródiga risa. Termina uno creyéndose el cuento de un loro loco, lenguaraz, beodo, anciano y sabio, que gobierna a su antojo la vida del protagonista (Rebetez), quien rinde aquí un hermosísimo homenaje al Caribe y, sobre todo, a la paradisíaca Providencia. Hilarante autobiografía que se vale de dos cómplices inmejorables: el pirata Morgan y Paco, el loro chamán.

Ellos lo llaman amanecer y otros relatos es un libro que convence al lector de las bondades de la ciencia-ficción, de la manera como lo hace la buena literatura: con la irrebatible verdad de una (muchas) mentira bien contada. *Literatura de anticipación* es un término que me gusta para ese género (aunque parezca pleonástico) porque más que nunca queda demostrado que es la realidad la que imita al arte y se desvive por darle alcance, aunque nunca lo logre de verdad sino en apariencia. El autónomo mundo de la literatura no es tocado más que por los sueños del lector. En esa fusión sueño-sueño (autor-lector) hay vida para siempre.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Los deseos de soñar

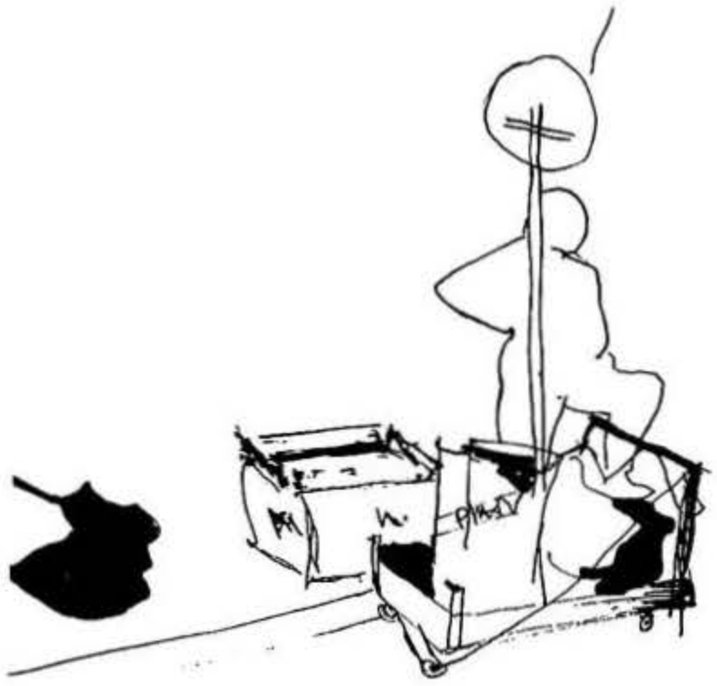
Oniromanía
Nicolás Suescún
El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 107 págs.

Oniromanía, de Nicolás Suescún (Bogotá, 1937), es un libro de muy breves relatos que describen siempre los asuntos de curiosos personajes que se mueven en una especie de atmósfera surreal, donde impera la ironía del autor y no pocas veces su tono amargo, que no concede ventajas en lo que pudiera definirse como una literatura de filosas aristas. Lenguaje directo y preciso, en muy pocas pinceladas muestra el perfil de quienes protagonizan estas historias entre el brumoso boscaje de lo pesadillesco, no del plácido sueño.

No hay tiempo en este libro para la poesía, al menos en lo que tiene que ver con el manejo de un lenguaje de elementales imágenes que nos persuadan de un mundo inquietante y misterioso.

No. Es la destreza de la palabra inteligente que aúna razones (en vez de detalles) en busca de la contundencia.

Cada historia, cada personaje, cada mundo, es rotundo; en ocasiones, hay que decirlo así, el texto es un artefacto al servicio de una idea. Una pequeña máquina.



El hombre perro (pág. 15) es el relato de un empleado de oficina humillado por su jefe, segregado en su condición de hombre pobre y dependiente. Un día, agobiado, arremete contra quien lo somete a esa condición de paria, y lo insulta primero y lo muerde después, arrrancándole un pedazo de mano, queriendo devorarlo a mordiscos y ladrar de alegría por su triunfo, por su anhelado desquite.

La idea del tema se impone a su tratamiento; éste es subsidiario de aquélla. Lo mismo que ocurre en los textos *El escritor antiguo, Misión cumplida, Los invasores, El escritor ante el computador, El telefómano, Un descuido* —dos temas, éstos últimos, muy manidos—, *El hombre que no estuvo, El eterno perseguido, El conferencista.* Pisan el terreno minado del esquema, buscando un efecto de martillazo en la cabeza del lector. Distinto es el caso de relatos como *El ladrón metafísico, La cacería, Los habitantes de la isla, El intruso* y *El gran destructor*, donde el absurdo de insospechables situaciones se convierte para el lector en convincentes e inquietantes realidades. Hacen pensar en el delicioso barroquismo de Virgilio Piñera o Juan José Arreola.

Nicolás Suescún ha incursionado en la literatura desde varias vertientes: el cuento, el relato, la poesía, la novela. Se percibe en sus libros un interés permanente en la vida marginal, en personajes de la ciudad que, agobiados por sus rutinas y sus grises destinos, buscan salidas poco convencionales y se encuentran muchas veces con desesperanzadas soluciones. Así en *La vida es* (poesía), *El extraño y otros cuentos, Cuadernos de N* (novela) y este, *Oniromanía*, de relatos.

En realidad, todos estos libros son uno solo. Suescún, como tantos autores, está siempre escribiendo el mismo libro. Dándole vueltas y mostrando de manera diferente una misma idea. *Oniromanía* resume esa actitud. Tanto literalmente —manía de soñar—, como en lo que respecta al libro mismo: sus temas, su velada requisitoria a las tiranías de la realidad, sus lacerados personajes.

En *Los cuadernos de N*, su antinovela publicada en 1994, se puede ver cómo N es en realidad el personaje de todos sus cuentos, relatos y poemas. Y es el mismo autor, quien encarna a todos sus personajes ("Madame Bovary soy yo").

N es El innombrable, de Samuel Beckett, es cualquier indigente de cualquier calle colombiana, es el organizado empleado que, aburrido, arrastra su vida hacia una oficina en cualquier ciudad del mundo, es cualquiera —y todos— de los personajes creados por Nicolás Suescún.

Subyacen en estos libros la ironía y la crítica, a la manera como se ha hecho en buena parte de la narrativa de nuestro país. Tomando en cuenta ingredientes de la realidad social, cruzada por la frustración y la insatisfacción generalizadas y propiciadas por un Estado pusilánime y una cultura ídem.

Oniromanía, digo arriba, es un libro que se refiere más a la pesadilla que al sueño. El mismo autor nos lo anticipa en el primer párrafo del primer texto del libro (*El onirómano*, pág. 11): "Vive con sus sueños. Ciertas comidas cambian su carácter. Los hay dulces —muy pocos— y pesadillescos, terribles, aplastantes, amargos, caricaturescos. Cuando se despierta, sin embargo, siempre sudando, quiere morirse, pero el vacío de la muerte lo aterroriza. Lo que realmente desea es volverse a dormir para seguir soñando". Es la presentación de lo que viene a lo largo del libro: personajes y situaciones que se mueven en los sueños del onirómano, obsesionado por la realidad, y quien, por tanto, no soporta la vigilia.

En *La cacería* (pág. 70), ocurre lo contrario. El relato es una metáfora donde "ella" (sin duda la realidad) acosa y asedia de tal manera al personaje, que éste, cansado de luchar contra ella, de tratar de atraparla para reducirla y evitar que le arruine más su libertad, termina admitiendo que prefiere esa lucha y mutua persecución afuera del sueño, "que el espantoso encierro de mis claustrofóbicas noches".

En el libro, pues, sorprende encontrar, al contrario de lo que nos anuncia el título, que es la razón y no la fantasía lo que rige en estas narraciones. Hace recordar una vez más (qué se hace) la frase de Francisco Goya: "Los sueños de la razón producen monstruos". Nadie puede discutir al autor la legitimidad de sus argumentos. Sin duda reflejan la asfixiante ficción en que de continuo nos sume la ingrata realidad de un llámese país, llámese sobrevivencia o llámese simplemente farsa, en que nos movemos todos a diario. Concurrido bestiario apto para las pesadillas del onirómano.

En *El protoexplorador* (págs. 42-43) tal vez se resuma la intención moralizante de Suescún en este libro, a pesar, insisto, de un onírico antecedente y que en general cruza toda su literatura: "Es preciso explorar. Uno no se puede quedar así, con los brazos cruzados. Hay quienes piensan que cruzar los brazos o pararse en la cabeza son las mejores formas de sobrevivir en este *desierto moral* [subrayado mío]. Pero son per-

sonas que se han quedado atrás, que carecen de imaginación...

"Es por esto que explorar es más peligroso de lo que parece. Es por esto que no he salido a explorar todavía. Es por esto que debo salir a explorar".

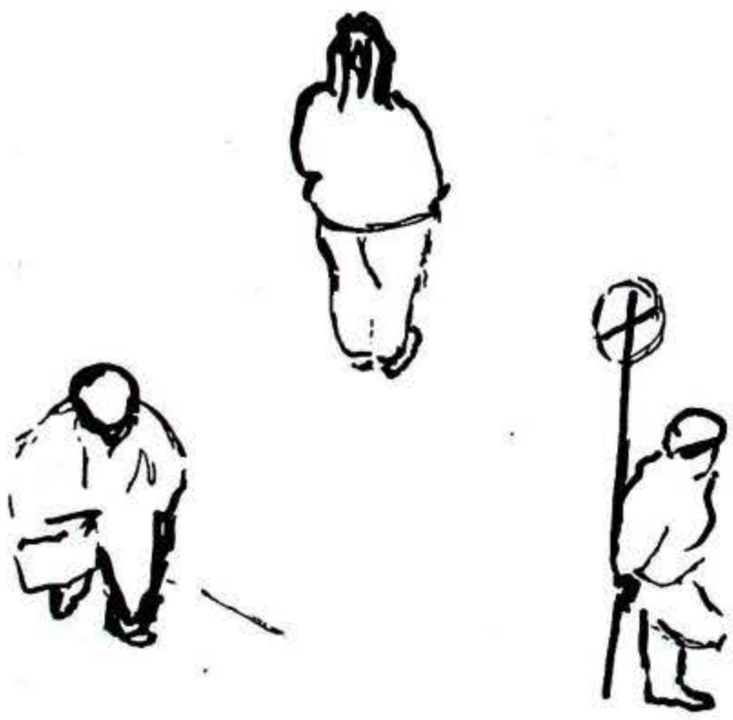
Un libro que nos deja con el doble sabor de, por un lado, lo bien escrito, riguroso, sucinto. Por el otro, la obsesiva tiranía de la razón, las ganas no cumplidas de la libertad que nos depara el sueño.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

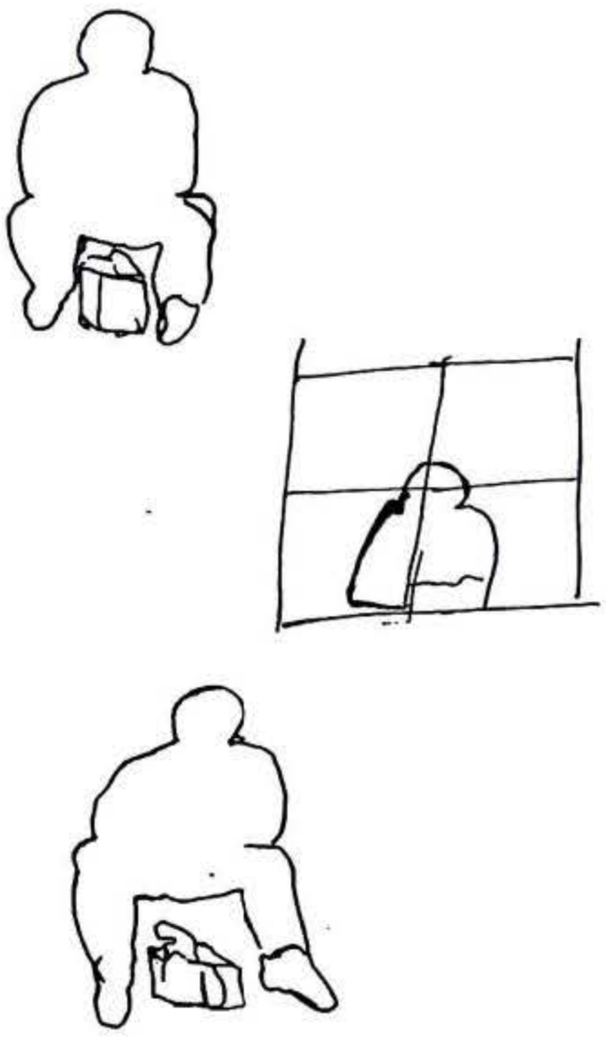
Me quiere, no me quiere...

Simulacros de amor
Pedro Badrán Padauí
Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1996, 92 págs.

Simulacros de amor es una publicación realizada en mayo de 1996 por la Cooperativa Editorial Magisterio en su colección Piedra de Sol. Su autor, el periodista y escritor Pedro Badrán Padauí, nacido en Magangué en 1960, ha publicado además *El lugar difícil* (cuentos) y *Lecciones de vértigo* (novela).



Por las páginas de *Simulacros de amor* corre una rara sangre hecha de perplejidad y contención: en cada uno de los ocho cuentos que conforman el volumen va a ocurrir algo, quizá maravilloso, pero los personajes no se deciden; quedan, eternamente, como esperando otra oportunidad. Y tal es su tragedia. Por ejemplo: en el primer cuento, *Borradores de un cachorro seductor*, el protagonista, por timidez, silencia su amor y su deseo adolescentes hacia una mujer mayor que, según parece, intenta seducirlo; y los silencia por siempre. En el tercero, *El percance de un rojo corvette*, es una ruptura lo que está a punto de suceder. En el quinto, *Retrato del pintor y su dama*, a un pintor lo obsesiona la visión de una virgen punk quien, más que una fantasía, es la realidad que lo acosa desde adentro.



En verdad, en estos cuentos todo está a punto de suceder, lo cual provoca una sensualidad deliciosa. Es un libro pleno de ricos silencios, de sugerencias. Y cuanto ocurre es como si ocurriera en una zona intermedia entre la luz y las tinieblas, en una especie de nebulosa: uno, lector, se pregunta: ¿Ocurrirá esto o lo otro? Y, como en el amor ocurre lo impensado, nada. Tal vez de ahí, por efectos de la ironía, se derive el título de la obra. Por los hechos narrados en cada texto, la expresión "simulacros de amor" remite a la idea de que, paradójicamente, al amor lo constituyen los intentos por realizarlo. Es una afirmación aterradora: un objeto —en este caso el amor— existe en su fantasma.

Esa idea del amor, o del simulacro que es el amor, tiene otra característica importante que la hace muy de esta época: está en lo fundamental relacionado con la búsqueda del disfrute del cuerpo. Los personajes de *Simulacros de amor* desean poseer o ser poseídos por el otro, como en el segundo cuento, *La secretaria*, donde una joven, desde una actitud de víctima seduce a su jefe: "Supe que iba a seducirme desde el día que me hizo la entrevista" (pág. 17). "[...] Entonces acerqué mis muslos a su cuerpo, claramente, para que él no tuviera ninguna duda acerca de sus intenciones... Nuevamente moví mi pierna hasta rozar su brazo y lo miré con atención. Entonces él también me miró. Luego depositó su mano derecha sobre mis ancas, y viendo que yo no la extrañaba, la fue metiendo puercamente entre mis faldas, buscándome el centro..." (pág. 24).

Los cuentos restantes poseen las características arriba señaladas, pero además producen la sensación de que se esté leyendo literatura. Ya no se trata de historias cotidianas entre hombres y mujeres, sino que hay un nivel de elaboración diferente, más cercano a la invención. Incluso hay cierta recurrencia a datos propios de la tradición cultural y libresca. Por ejemplo, Azalea, personaje del último cuento, *El Mermaids está cerrado para siempre*, canta y con su canto encanta y atrae a los marineros: una sirena. En el séptimo, *El abrazo de Roland Barthes y la ruleta*, una mujer casi cumple su sueño de ser seducida a la manera de la literatura: "Por qué no se atrevió a seguirlo. Por qué [...] La literatura estaba llena de ejemplos. Sólo que antes no existía Roland Barthes, ni siquiera eso que en las universidades llaman semiótica [...] Volver al asunto no estaría mal. Podríamos empezar desde el próximo párrafo. Con una descripción, tal vez. Y sin interrumpirse, sin reflexionar sobre la literatura, sin sujetarse a focalizaciones o puntos de vista. Y mucho menos a la voz narrativa. ¿Acaso es ella más un personaje que una mujer de verdad?" (pág. 65). Se diría de estos textos que, en lugar de sangre, les corre sangre con letra. Y, como la letra con sangre entra, se le meten a uno en el corazón.

Simulacros de amor es, entre las muchas publicaciones de los más jóvenes escritores, un libro ejemplar. Su lenguaje tiene la hondura de la precisión: "Saberse feo modela una sensibilidad